



Teresa Lamas Carísimo de Rodríguez Alcalá



Py-chay

[\(10\)](#)

Desde la muerte de su madre, ocurrida varios años atrás, el huerfanito no conociera un sólo día grato, ni una palabra afectuosa, ni menos el cálido halago de una caricia. Solo, completamente solo sin amparo en su miseria, rodaba de rancho en rancho buscando inútilmente un poco de compasión. Las gentes, despiadadas, lo explotaban inicualemente. Ocupábanlo en los trabajos [102] más duros, impropios de su edad, y en pago sólo le daban una mandioca asada, otro poco, lo menos posible, de loco chirle, y permiso para pernoctar junto al fogón, cuando hacía frío o llovía, en las destartaladas cocinas.

Llamábanlo, *Py-chay*, aludiendo con sátira cruel a los piques que convirtieran sus pies eternamente descalzos en dos llagas dolorosas que le hacían renguear en las marchas. De los borrosos días de su infancia iluminados con la luz del amor materno, conservaba el infeliz celosa memoria. Y era el único consuelo de sus perennes tristezas la lejana visión de su madre buena, que le quería mucho y le acariciaba con efusiva ternura.

Era un niño visionario y triste; pero lleno de mansedumbre, de bondad y de resignada paciencia. Su almita límpida e inaccesible al rencor, pagaba con dulzuras las maldades, tal como el rosal castigado acrece su olorosa ofrenda de flores.

En las callejas solitarias del pueblito, todas verdes de oliente gramilla, reuníanse en bandas bulliciosas los chiquillos. *Py-chay*, ardiendo en deseos de tomar parte en los juegos, vencía su timidez y su miedo y se acercaba a la [103] banda, dispuesto a desempeñar en los juegos el papel más deslucido y penoso. Pero los niños, acostumbrados por la enseñanza de sus padres a despreciarlo, se rehusaban duramente a jugar con él y le echaban a golpes y con befas. El pequeño, triste y dolorido, se alejaba sollozante. Más cruel era para su sensibilidad la burla de los niños, que los castigos, los denuestos y el hambre a que le condenaban los hombres, y por, eso, cuando no lo admitían en los juegos, el llanto acudía copioso aunque en silencio a sus ojos.

Poco a poco acabó por aislarse y se tornó huraño y receloso. Se refugió en el recuerdo santo de su madre. Su corazón la invocaba y su fantasía la veía a su lado en su peregrinación por el mundo. Por la noche, cuando después de la faena fatigante se tiraba sobre la hierba de algún patio ajeno, *Py-chay* buscaba en el cielo una estrella y con ella sostenía misteriosos y apasionados diálogos, en la ilusión arrobadora de que su luz era la mirada materna que velaba por él.

Rodando, rodando, fue a parar, en un pueblo lejano, a casa de un hombre que tenía muchos caballos y que le tomó a su servicio. *Py-chay* tenía por [104] obligación cuidar las bestias, dándoles de comer, bañándolas en el arroyo cercano y encerrándolas por la noche en la caballeriza. Por hacer este trabajo le daban una espiga de maíz asado por la mañana, otra a medio día y otra para la noche y, además, un sitio donde dormir con los caballos. ¡Y cuidado, cuidadito con no cumplir bien su obligación! El desvalido aceptó gozoso el trato porque le resolvía el problema de la comida y del techo. Ya no tendría que andar ambulando para encontrar cada noche el alero hospitalario.

Se empeñó en cumplir concienzudamente con su deber y a fe que lo hizo sin desmayo. Los caballos confiados a su cuidado engordaron pronto. *Py-chay* encontraba siempre el potrero de pastos más abundantes y ricos para llevarlos a comer, y aunque los caballos no eran mansos, se mostraban dóciles a sus gritos y a la intimación de su arreador cuando los conducía a pastar, lejos del pueblo, o de allá los traía a la casa. El pequeño cuidador, mientras vigilaba el tranquilo refocilo de los animales con la hierba del potrero, pensaba, filosofando, que las bestias eran más buenas que los hombres. [105]

Una tarde que amenazaba lluvia encerró las bestias temprano y saliendo al campo echose a errar por una ancha llanura solitaria. El cielo torvo y amenazante, le quitaba la esperanza de ver esa noche la estrella de sus coloquios, su estrella, y esto le entristecía sobremanera. Todos los animales vacunos, y aun los de la selva, se habían recogido ante la amenaza de la tormenta; pero él que no temía, siguió andando, andando basta internarse en un bosque. Por una angosta picada avanzaba cuando vio venir hacia sí, lentamente, un caballo. Era un mísero esquelético caballejo, cubierto de *carachas*. No estaba herrado, y apenas tenía ya pezuñas. Se detuvo el desmedrado animalejo junto a *Py-chay* y alzando la cabeza lo miró largamente. El niño le miró a su vez, y le tuvo lástima.

-Pobrecito caballo- dijo- ¡cuántas hambres habrás pasado! Te llevaré al arroyo donde hay mucho camalote fresco...

Le puso un cordel al pescuezo y palmoteándole cariñosamente las ancas llagadas lo llevó al arroyo, no sin antes darle la mitad de la espiga de maíz asado que tenía para la

comida de la noche. El animal se dejó conducir mansamente [106] y cuando hubo comido y bebido abundantemente, se volvió hacia el pequeño. Y el pequeño oyó, asombrado, que el caballo le decía.

-Vamos, Periquito, llévame contigo a tu pesebre.

Mudo de sorpresa quedó el niño. Y razón que le sobraba tenía para sorprenderse, porque en el hablar del caballo había una doble maravilla: no sólo hablaba, sino que le llamaba a él, a *Py-chay*, por su verdadero nombre, por el nombre que le sonaba a música, en el recuerdo, pronunciado por su madre. Y fue tanta la dulzura de la evocación, que si le inspirara algún miedo el prodigio de hablar el caballejo, pronto se le pasó. Y se sintió por primera vez dichoso. Una ola de ternura, de inenarrable emoción, lo embargó y como no sabía reír, rompió a llorar. Fue un llanto dulcísimo que refrescó su alma como un riego de rocío. Sintió en lo íntimo un loco impulso de ternura y abrazó y besó al caballo sobre las llagas que lo cubrían.

Y sonriente al fin, transportado y feliz, no se asombró ya de que los ojos pitarrosos del flaco animal llorasen grandes y redondos lagrimones que al caer en las aguas del arroyo semejaban [107] cristales engarzados en la corriente.

Con el caballo volvió a la casa. Su patrón le vio llegar con aquel extraño caballejo y le preguntó qué significaba aquello y el niño, sintiéndose por primera vez fuerte porque era dichoso, le hizo saber su decisión de cuidar del animal.

Tuvo el hombre intenciones de impedirle la entrada, pero reflexionó y sacó la cuenta de que no le convenía exponerse a perder un caballero tan activo y barato. Por otra parte, se le ocurrió también que aquel caballejo bien cuidado podría componerse y entonces se lo apropiaría. Transigió, pues, pero a condición de que para alimentar al caballo extraño no tocaría el forraje de los demás.

-Descuide, mi patrón; no tomaré un grano de su maíz: le daré del mío no más...

Sonrió en sus adentros el amo, recordando la más que exigua ración del chico, pero nada dijo y se alejó.

En un rincón de la caballeriza, sobre un montón de paja recogida en el campo durmieron esa noche el huérfano y el caballo, y aunque era invierno, por primera vez no tuvo frío el pequeño abrigado por su flaco amigo. [108]

Pasaron varios años sin que el caballo volviera a hablar y el niño se volvió un adolescente silencioso y reflexivo. Cuidaba siempre con cariñoso esmero de la bestia amiga, la cual seguía, a pesar de todo, tan flaca y llena de *carachas* como el primer día. Claro está que viéndole tan arruinado, el patrón de *Py-chay* no pensó en tomar para sí el caballejo... Llamaban a este *el bichoco* porque era tuerto. Cuando *Py-chay* aparecía montado en su jamelgo, era cosa de ver la regocijada burla que suscitaban caballo y caballero, a cual más desgalichado y ruinoso.

-Oye, *Py-chay* -le gritaban- ponle puntales a tu montado, mira que sino se va a caer...

O le cantaba la copla popular:

... Cuintecó o arruiná
un lado jhagá-cua-pé
otro lado jhagá-te ete...

Acostumbrado a ello, *Py-chay* no hacía caso y cumplía sus mandados yendo en su caballo a las más lejanas *compañías*.

Y aconteció que un poderoso cacique tenía una hija, bellísima princesa que llegara a la edad de casarse. Caprichoso [109] el padre, dispuso que sólo obtendría la mano de su hija quien saltase a caballo una inmensa zanja ancha de tres leguas que él mismo hiciera cavar en varios años de trabajo. La empresa era disparatada, pero también era tan bella y tan rica la hija del poderoso cacique... De lejanos lugares llegaron apuestos jinetes a intentar el salto.

Más de uno, al ver la dimensión de la zanja, desistió de la prueba desalentado y triste, otros más audaces, pensando con codicia en la hermosa prometida, se animaban, pero ninguno triunfó a pesar de los magníficos caballos con que intentaron el salto prodigioso.

Al tercer día, que era el último de la prueba, *Py-chay* se presentó, montado en su caballejo, a tomar parte en el concurso. ¿Cómo se decidió a ello? Fue el caballo, su viejo y esquelético caballo, el que se lo ordenara:

-Móntame -le dijo- y vamos a cruzar la zanja. Yo te haré triunfar.

Por silla le puso la mísera lona que le servía de cobija en las noches muy frías, y por riendas un cordel que él mismo hiciera con fibra de palma. El prodigio de su caballo parlante [110] le dio ánimos y allá fue. Cuando aparecieron jinete y caballo en el lugar del torneo, el enorme gentío los acogió con una colosal rechifla. Gritos de burla y de insulto, estrepitosas carcajadas, chistes hirientes, dejáronse oír en imponente vocerío. *Py-chay*, intimidado, se detuvo un momento y vaciló; pero recuperó la fe zozobrando al oír que su caballo le decía: ¡Ánimo Periquito!

Cuando al gran cacique lo vio avanzar, se puso furioso creyendo ser objeto de una irreverente burla y lo increpó duramente. Ya iba a ordenar que lo arrojaran de allí, cuando le entró una gran curiosidad y, sobre todo, el deseo de ver desnucarse al jinete y a su montado.

-Salta -le dijo- salta pronto, que ya cae la noche, y no podrán verte llegar a la otra orilla.

Py-chay se adelantó, colocose al borde de la zanja y al medir la enormidad de su pretensión le entró un escalofrío de terror. Se santiguó y quiso volver atrás, pero su caballo le dijo:

-¡No temas Periquito!...

Se encomendó a su madre y espoleó al caballo. Lanzó este un relincho prolongado, erizó la escasa crin y se precipitó en el vacío con un impulso maravilloso. Fue un salto estupendo, tal [111] como si la bestia echara alas y volara más que saltara. Y el público

fue testigo de un milagro: el animalejo miserable, todo él iluminado por los rayos del sol muriente, llegó a lo otra orilla...

Py-chay fue traído en triunfo y una delirante salva de aplausos saludó su llegada festejando el prodigio. Servidores del gran cacique se apoderaron de él, lo llevaron alzado con tímido respeto, lo bañaron, lo engalanaron suntuosamente y lo perfumaron con ricas esencias y esa noche se realizó la fiesta de bodas. *Py-chay*, deslumbrado, aturdido, sin darse cuenta de lo que le ocurría solo atinó, al ser conducido al ara, a pedir permiso para ir a ver su caballo. No uno, cien pajes se ofrecieron para ir en su reemplazo a atender al animal, pero él no quiso.

-No, sólo yo debo ir -dijo.

Y llevando en un cubo reluciente un almud maíz, no ya la parca espiga del tiempo miserable, fue en busca de su *Bichoco*. Y hubo de buscarlo mucho antes de dar con él pues el animal había ganado la llanura. Lo halló con su mismo aspecto misérrimo de siempre y lo abrazó llorando. [112]

-Toma, toma caballito mío; toma, come este tierno maíz...

El caballo le miró largamente y habló así, renovando una vez más el prodigio:

-No, ya no me hace falta. Ya eres feliz Perico, Y yo, cumplida mi misión, debo volver allá lejos de donde vine...

Py-chay lo miró sin comprender. Y el caballo volvió a hablar:

-Periquito, yo soy el alma de tu madre. Te vi desgraciado desde el Cielo y le rogué a Dios me permitiese bajar a buscar tu felicidad y Él me lo concedió. Sé siempre bueno, Periquito y ¡adiós!

Se revolcó en la hierba el animalejo y luego, de la miserable envoltura surgió una graciosa paloma resplandeciente de claridad y que en un glorioso vuelo subió a las lejanas y misteriosas estrellas. Y en la noche enjoyada de luceros, milagrera y encantada, se oyó una remota y celeste melodía

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario



editorial del cardo